

ÉTICA Y EDUCACIÓN SUPERIOR EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN, PERSPECTIVA LATINOAMERICANA

Jacinto Ordóñez Peñalongo, Ph. D.¹

Quisiera referirme a uno de los problemas del momento actual que, para toda persona que se dedica a la educación, parece de importancia capital. Me refiero al impacto de la globalización en todos los órdenes de la vida cotidiana que, a su vez, determinan la educación en general y, con ella, la educación superior, a la globalización desde la perspectiva de la América Latina porque no es lo mismo pensar su impacto y sus implicaciones en la educación superior, desde la perspectiva del centro, como diría Enrique Dussel, que pensarlo desde la perspectiva de la periferia; no es lo mismo pensarlo desde la perspectiva de los países desarrollados que pensarlo desde la perspectiva de los países en proceso de desarrollo, concretamente, desde la perspectiva latinoamericana. Algo más, por la naturaleza misma de las implicaciones de la así llamada globalización, pareciera que al ser humano de nuestro tiempo y de nuestras tierras, estuviera llamado a hacer opciones fundamentales entre las cuales está la ineludible obligación de responder a los desafíos que propone la presente situación. Responder es el sentido de una vida responsable, eje central de toda actividad humana.

I - LOS DESAFÍOS DE LA NUEVA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

El “nuevo orden mundial” es, para el historiador Paul Kennedy –nos decía Xavier Gorostiaga hace diez años-, el control que tiene el Grupo de los Siete, con sus 800 millones de habitantes, de lo tecnológico, lo económico, lo informático y lo militar sobre el resto de los aproximadamente cuatro billones de personas que viven en Asia, África, Europa Oriental y América Latina.² Diez años después, ya no cabe la menor duda que los desafíos de ese “nuevo orden mundial” se dan frente al impacto de la globalización tecnológica, económica, informática y militar. En estas dos últimas semanas, ha quedado claro que la globalización de lo militar se cierne sobre la cabeza de todos y todas y que es un imperativo ético responder como individuos y como sociedad frente al desafío de la globalización de la muerte. Cada una de estas dimensiones de la globalización merece nuestro análisis. Será

1 Profesor-Investigador de la Universidad Nacional de Costa Rica.

2 Cf. Presentación hecha por Xavier Gorostiaga, presidente de la Coordinadora Regional de Investigación Económica y Social (CRIES) ante la Conferencia de la Asociación de Sociología de la América Latina, Habana, mayo de 1991.p. 32.

difícil hacer un análisis exhaustivo de un fenómeno tan complejo y en tan corto tiempo, además de la poca claridad con que se cuenta, inclusive en los centros de investigación más importantes del mundo, sobre lo que este cambio vertiginoso significa para nosotros y para nuestras universidades.

1. ALGUNAS TESIS FUNDAMENTALES

Quisiera referirme a algunas tesis fundamentales que nos podrían ayudar a comprender los cambios que nos afectan a todos por igual pero que, al mismo tiempo, tienen diferente significado y diferentes implicaciones también para todos. ¿En qué consiste este “nuevo orden mundial”, esta globalización, esta nueva era? ¿Con qué criterios habremos de responder a sus desafíos?

José de Souza Silva plantea veinte tesis que aquí no vamos ni siquiera a enumerar. Lo que haremos es referirnos a tres de ellas para tener una idea sobre cuál es nuestra ubicación en este nuevo contexto que comenzamos a vivir.

En primer lugar, dice de Souza Silva, que no vivimos una época de cambios sino un cambio de época. Cambio de época fue cuando la humanidad salió del agrarismo (medieval, cuya referencia principal fue la tierra) para entrar al industrialismo (moderno, cuya referencia principal fueron las nuevas fuentes de energía). Se sostiene que ahora estamos saliendo del industrialismo para entrar a la época informacional (posmoderna, cuya fuente principal es el conocimiento). La era informacional, sostiene Manuel Castells, es aquella que se basa en el proceso de información y comunicación de símbolos sobre la base del conocimiento.³

Hay cambio de época cuando cambian cualitativa, simultánea y profundamente las relaciones de producción, las relaciones de poder, la experiencia humana y la cultura. Las relaciones de producción se refieren a la acción humana sobre la materia para transformarla y apropiarse de ella. La relación de poder es la imposición de la voluntad de unos sobre otros en forma física o simbólica, actual o potencial. La experiencia humana es la interacción determinada por la identidad biológica y cultural en el ambiente natural y social. La cultura es el producto de las relaciones entre el ser humano y la naturaleza mediatizado por la producción, el consumo, el poder y la experiencia humana.

Las relaciones de producción en tanto no se centra en la tierra, el capital o el trabajo, sino en el conocimiento. Las relaciones de poder en tanto las naciones-estado pierden su independencia en la toma de decisiones y el poder se centra en las corporaciones transnacionales, acuerdos multilaterales, redes globales y mecanismos supranacionales. La experiencia humana en tanto aparecen nuevas voces que cambian el escenario de la vida, voces de sectores tales como el feminismo, el ambientalismo, la liberación sexual, los derechos humanos, la igualdad étnica, la participación democrática, etc. Una nueva cultura como realidad virtual, en tanto que supera la dimensión espacio-temporal por la electrónica, la tecnología de la información y la comunicación. Uno de los síntomas de que no estamos viviendo en una época de cambios sino en un cambio de época es el ambiente de “turbulencias, inestabilidad, discontinuidad, desorientación, incertidumbre e inseguridad” que vive nuestro mundo actual, al menos en las últimas cuatro décadas del siglo XX.

3 Manuel Castells. *La era de la información*. v. 1. Madrid: Alianza Editorial, S.A., 2001. pp. 114-128.
Cf. Cita hecha por José de Souza Silva del *The Rise of the Network Society*, de Manuel Castells (1996) en “Veinte tesis para vincular el cambio institucional al cambio de época”. Conferencia en el IV Congreso

En segundo lugar, otra de las tesis de de Souza Silva es que vivimos en un mundo donde todos somos vulnerables. Dentro del contexto de la tesis anteriormente expuesta, la nueva época se impone a todos por igual, todos entramos en crisis –parte de una crisis más amplia-, la crisis no es exclusiva de un sólo país, un solo grupo, una sola institución –la Universidad, por ejemplo- o unas personas solamente. Hablamos de una crisis de todo el planeta, de continentes, de naciones, de organizaciones, de grupos sociales y de ciudadanos, pues ahora, todos y todas somos ciudadanos planetarios. Sin embargo, también se debe decir que, simultáneamente, todos estamos siendo afectados de diferente manera, de acuerdo con las particularidades históricas y locales de los lugares hasta donde llega la globalización y la crisis que genera. Por eso, el grado y la forma del impacto de la globalización es diferente, diferencia que se acentúa con la capacidad para identificar causas, interpretar contradicciones, proyectar implicaciones, desarrollar estrategias y también cambiar.

En tercer lugar, de Souza Silva también afirma que la crisis que viene de fuera se acentúa por las diferentes visiones, enfoques, modelos y paradigmas, en cuyo contexto se dan las luchas de poder por la amenaza de perder los privilegios en la época emergente, intereses creados en el contexto de la época anterior. Las visiones, enfoques, modelos y paradigmas podrían tener las siguientes expresiones sociales: primero, aquellos sectores que son dominantes en la época decadente y que luchan por prevalecer en la época emergente: estos tienen mejores posibilidades de contar con el poder y controlar los recursos, los mecanismos y las estructuras vigentes. Segundo, aquellos que son excluidos en la época decadente y que pretenden ser incluidos en la época emergente: estos tienen menos posibilidades pero son los más creativos por comprender mejor el cambio de época y del poder que tiene el primer grupo. Tercero, aquellos que no comprenden la lucha de los dos grupos anteriores y cuya lucha será sobrevivir aislándose, luchando contra le época emergente o creando opciones alternativas.

Es desde estas expresiones sociales desde las cuales se tienen visiones, enfoques, modelos y paradigmas, para construir futuro, generar desarrollo, tecnología, participación estratégica, pensamiento, conocimiento, innovación, creación y transformación. Las constantes contradicciones, y lo difícil de aclarar situaciones, es un síntoma de que estamos viviendo un cambio de época y no sólo una época de rápidos cambios.

2. IMPLICACIONES ANTROPOLÓGICAS.

Detrás de cada uno de los grupos identificados por de Souza Silva se podría construir un concepto de ser humano con sus respectivas visiones de mundo. En el primero, los sectores dominantes que intentan prevalecer en la época emergente sostienen enfoques, modelos y paradigmas que están determinados por una visión mecánica del ser humano y de su mundo, inspirada todavía por la revolución industrial. El mundo es una máquina, el ser humano es un recurso biológico para realizar tareas rutinarias. La organización y la administración de ella funciona también como una máquina cuyos valores son la producción, la eficiencia, el control, la cantidad, la predicción y los resultados.

Nacional de Egresados-30 años UNAB, Universidad Nacional de Bucaramanga, noviembre de 1999. Fotocopia.

En el segundo grupo, los sectores excluidos por la época decadente y que quieren ser incluidos en la época emergente sostienen enfoques, modelos y paradigmas que están determinados por una visión economicista del mundo, inspirada por el capitalismo. El mundo es comprendido como mercado poblado por proveedores, productores, intermediarios, procesadores, vendedores, consumidores, competidores, clientes e inversionistas. El ser humano es “capital-humano”, “capital-intelectual”, y en lugar de relaciones sociales se tienen transacciones comerciales. La organización y la administración tienen como propósito proveer materia prima para la industria, capitalizar y lucrar. Se cree en el valor agregado, la competitividad, la calidad, la eficacia, la competencia, el lucro, la sobrevivencia y el individualismo.

El tercer grupo, aquellos que por diferentes razones no comprenden la lucha de los grupos anteriores, genera enfoques, modelos y paradigmas determinados por una visión abierta del mundo, una visión holística, múltiple e interdependiente. El ser humano es capaz de pensar y crear, tiene talento, con múltiples funciones y dimensiones, donde conocer es facilitar. Los valores son la sostenibilidad, la complejidad, la diversidad, la multidimensionalidad, la equidad, la interdependencia, la multicausalidad y la solidaridad.

Tres modelos de ser humano, producto de tres diferentes visiones del mundo que, estoy seguro, no necesariamente incluye todos los matices de la sociedad actual pero que, al menos, nos hace pensar en los siguientes puntos:

Primero, que uno de los imperativos éticos de todo humanista es comprender el momento actual no sólo en su expresión global sino también en sus implicaciones locales.

Segundo, que el cuadro que presenta el momento actual no sólo es complejo sino que a la vez nuevo, que todavía no es posible hacer un mapa completo de la realidad que vivimos porque estamos experimentando no sólo el paso del siglo XX al siglo XXI sino que estamos pasando de la época industrial a la época post-industrial, de la época moderna a la época posmoderna, estamos viviendo un cambio de época.

Tercero, que si aceptáramos la manera en que de Souza Silva divide los sectores sociales de este momento, referidos a la nueva época que se ha inaugurado, tendremos que detectar en esos sectores, no sólo la forma como ellos comprenden lo que significa ser humano sino lo que el ser humano realmente es, asumiendo una respuesta correspondiente, a favor del ser humano real y posible, sin caer en mecanicismos que hacen del ser humano un ser unidimensional, como diría Marcuse, pero a la vez cuidándonos de defender un ser humano ideal –que no existe- como muchas veces se expresa cuando nos alejamos de la realidad concreta en la cual educamos.

LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN

Como parte de nuestra responsabilidad frente a la nueva situación que se nos presenta, a los educadores y las educadoras universitarios(as) de la América Latina se nos imponen varios desafíos entre los cuales menciono algunos que me parecen fundamentales. Comenzaré diciendo que es parte de nuestra responsabilidad ubicarnos en lo que ha sido la historia de la Universidad en la América Latina. ¿Cómo comenzó la Universidad en nuestro continente? ¿Cómo se ha hecho más latinoamericana? y ¿Cuál es el cuadro que presentan

las universidades en el contexto de la era de la globalización? No es el momento para hacer una historia de la Universidad en la América Latina. Lo que voy a señalar son dos aspectos que nos podrían conducir a una nueva manera de pensar la Universidad en el contexto de la globalización.

1. LA CONCEPCIÓN COLONIAL DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA

El criterio educativo que los españoles tenían de la educación en general, al llegar a Indoamérica, fue eminentemente griego, al menos en el sentido en que Platón concibió la política educativa de Grecia. Decía Platón que la educación griega debía tener como propósito final la virtud, cualidad que no era la misma en todos los seres humanos. Los artesanos, por ejemplo, que se ocupaban de la producción económica, su virtud era la moderación; los militares que se ocupaban de la defensa, su virtud era la valentía; los gobernantes que se ocupaban de legislar y gobernar, su virtud era la sabiduría. Por eso, el Estado debía organizar la educación en tres diferentes tipos: los artesanos debían tener una educación que los relacionara con el trabajo, con la producción; los militares debían tener una educación que los relacionara con todas las exigencias de la guerra; y los gobernantes debían tener una educación que los relacionara con las exigencias del Estado. Por eso, era natural pensar que la educación griega debería responder a las funciones colectivas de los grupos sociales existentes en Grecia. Las diferentes virtudes que obedecían a la cultura de cada uno de los sectores sociales apuntaban a un solo fin: la justicia, tema de *La República* de Platón.

Sin embargo, esta educación dejó por fuera a los esclavos y a los campesinos. La política educativa de Platón no tuvo en cuenta a los esclavos porque no eran griegos sino bárbaros; tampoco tomó en cuenta a los campesinos porque su educación era aristócrata. Por eso, en la historia de la educación griega tiene importancia Hesíodo, el poeta que expresa la dignidad del trabajo, pero no sólo el trabajo artesano sino también agrícola y el trabajo de los navegantes, donde exalta la virtud del que trabaja en el campo y en el mar. En nuestro lenguaje, si Platón (siglo V a. C.) fue el pedagogo de la aristocracia, Hesíodo fue el educador popular de la Grecia del siglo VIII antes de Cristo.

¿Qué hicieron los españoles en términos educativos cuando llegaron a Indoamérica? Su política educativa siguió –consciente o inconscientemente– el ideal griego, al menos en el sentido platónico, que obviamente no fue el único que en teoría educativa produjo Grecia. Las colonias españolas de Indoamérica tenían también tres sectores sociales: los indios, cuya educación debía ser la catequesis; los colonos cuya educación debían ser las escuelas de primeras letras; y la de los gobernadores y el clero, cuya educación debía cumplirse en las universidades. Los indios que tenían que ser primero dominados, después evangelizados, una vez convertidos, debían ser catequizados, para que pudieran participar en el culto. Los colonos, considerados como civilizados y cristianos, debían asistir a las escuelas de primeras letras no sólo para aprender a leer y escribir sino para recibir doctrina y protegerse de herejías, brujerías y paganismo. El sacerdocio y los futuros gobernantes, debían ir a las universidades para estudiar especialmente teología y leyes. Pero se olvidaron de la formación de los artesanos que no sólo se necesitaban, pues los venidos de España no eran suficientes, además se necesitaban agricultores que supieran el oficio en tierras diferentes y que lo debían realizar indios y negros que trabajaban como esclavos.

Por eso, la historia de la educación occidental en nuestras tierras no apareció como un sistema que atendiera las necesidades de la sociedad de América Latina, sino como parte de las necesidades que la Corona sentía para relacionarse verticalmente con sus colonias y controlar económica, social, militar, política y culturalmente la región. Por esta razón, cuando Carlos Tünnermann hace una “Breve reseña histórica” de la educación superior en la América Latina, afirma que: “En América Latina, la universidad fue creada antes que el resto de la educación y, por muchísimo tiempo fue la única institución que impartió enseñanza postsecundaria”. La educación universitaria –sin tener educación secundaria– comenzó con la fundación de la Universidad de Santo Domingo (1538), 36 años después de haber llegado Colón. Sigue diciendo Tünnermann: “La universidad colonial hispánica fue señorial y clasista, como la sociedad a la cual servía y de la que era expresión. Creada dentro del contexto de la política cultural trazada por el imperio español, tuvo como misión atender los intereses de la Corona, la Iglesia y las clases superiores de la sociedad”.⁴ Por excepción se admitió en las universidades algún hijo de cacique, porque para ingresar a ellas se hacía necesario la “legitimidad y pureza de sangre” y para graduarse “ser rico e hidalgo”. Las universidades surgieron como una necesidad de las órdenes religiosas, para ofrecer en las lejanas colonias una educación similar a la que se ofrecía en España, para vincular culturalmente al colono con el imperio y para preparar o renovar el personal burocrático que la corona necesitaba en sus colonias.⁵

Las universidades de la América Latina reprodujeron los esquemas europeos, desde el principio se siguieron los modelos españoles (de Salamanca y Alcalá de Henares), predominó la enseñanza escolástica (el aristotélico-tomista), la poca investigación científica y el sistema libresco y memorista, a pesar de las nuevas influencias de la ilustración borbónica. Las luchas de la Independencia en el siglo XIX no modificaron ni el sistema estructural de la sociedad colonial ni tampoco la manera de pensar la Universidad. La sociedad sólo cambió las autoridades españolas por las criollas y nuestros países se convirtieron en repúblicas agro-exportadoras al servicio de las demandas externas. Las luchas de la independencia, con inspiración en la ilustración francesa, también desembocó en la importación de la Universidad napoleónica bajo la protección del Estado, orientada hacia las escuelas profesionales para satisfacer las necesidades de la administración pública, ignorando siempre la investigación científica y dispuesta a seguir siendo la servidora de la Iglesia y de la aristocracia, manteniendo el espíritu clasista.

2. LA CONCEPCIÓN LATINOAMERICANA DE LA UNIVERSIDAD

Fue el Movimiento Estudiantil de Córdoba (1918) el que confrontó el carácter aristocrático de la Universidad Latinoamericana, desplazó al clero como la figura principal e instaló al abogado como el ideal de la profesión que requería el Estado. La Reforma de Córdoba no fue sino la llamada de atención a la manera como la Universidad se había desvinculado de las necesidades de la realidad latinoamericana. Sus principios se divulgaron por todo el continente democratizando las universidades: como institución, proclamando la autonomía

4 Carlos Tünnermann Bernheim. Estudios sobre la teoría de la Universidad. San José, C.R.: Editorial Universitaria Centroamericana –EDUCA–, 1983. pp. 253 y 254.

5 Ibid. pp. 302-304.

universitaria; en cuanto a los estudiantes, el libre acceso independiente de su origen y su clase social, inclusive con derecho a la participación en su gobierno; en cuanto a los profesores, libre acceso independiente de su origen y su ideología, basado únicamente en su competencia; y en cuanto a su ubicación, permanecer abierta a las necesidades de su propio contexto. La Universidad de Costa Rica, que se fundó en 1940 y abrió sus aulas en 1941, se concibió dentro del contexto de la Reforma de Córdoba, aunque es posible que no se tuviera conciencia de todas las implicaciones que esta opción significaba, pues esta Universidad tan sólo daba los primeros pasos después de haber vivido más de cincuenta años sin Universidad.

Si bien es cierto, las universidades de la América Latina comenzaron a cambiar, ese cambio se hizo dentro del esquema tradicional heredado por la Colonia con los residuos de la Universidad Napoleónica adoptada. El cambio, nos dice Tünnermann, fue en su “organización jurídica o formal”, la autonomía universitaria y el cogobierno que implicaba mayor democracia. Pero, por lo general, las universidades siguen siendo de élite, profesionalista, eminentemente docente, sacrificando la investigación, con una disciplinaria rígida, condicionado por presupuestos limitados y una administración poco académica, con burocracia excesiva, con excesiva interferencia de gobiernos y partidos políticos, con criterio escolástico de la enseñanza, con una docencia concebida como transmisión de conocimientos, el predominio de un sistema libresco y memorista, para mencionar algunos de los problemas que afectan el diario quehacer universitario.⁶

Como se puede ver, la estructura universitaria no sólo ha mantenido el modelo básico de la Universidad Colonial sino que, en varios sentidos, mantiene el estilo napoleónico que en su momento adoptó: con jerarquía monolítica, vertical y con programas disciplinarios y uniformes. Algo más, ante la imposibilidad de aislarse de las influencias que el Siglo XX trajo en el campo educativo, se han incorporado modelos diferentes de educación tales como la escuela activa, el conductismo, el socio-reconstruccionismo, el cognotivismo, el constructivismo e inclusive la pedagogía crítica, pero todo dentro del esquema tradicional, creando un cuadro complejo y contradictorio.

Lo que en este momento se debe advertir es que se hace necesario iniciar un proceso de respuesta a esta situación. Nuestra conciencia histórica nos obliga a tomar en cuenta, al menos, los siguientes puntos:

Primero, que el retorno a nuestra historia se ha de hacer en el contexto de la era de la globalización. Por ejemplo, no podemos cerrarnos a la globalización en el campo científico y técnico, que es uno de los desafíos de la era informacional.

Segundo, que el desafío de la globalización nos impulsa a considerar aquello que nos afecta a todos pero, al mismo tiempo, nos impulsa a considerar el significado diferente que, por razones históricas locales, condiciona la incorporación del cambio que impone la globalización. Estos son dos puntos de referencia que ahora, más que nunca, son imperativos: lo global y lo local. Ninguno de ellos puede ser evadido.

Tercero, que en la América Latina no podemos despreciar nuestra historia sino que, al contrario, debemos volver a ella, recogiendo de esa historia la visión del futuro que se ha tenido en el pasado. Por eso será importante seguir aprovechando las contribuciones de la

6 Cf. Ibid. pp. 260-262.

Revolución de Córdoba que no se han podido concretar, al mismo tiempo que recoger críticamente aquello que la globalización propone en el momento actual.

EL CARÁCTER ÉTICO DE UNA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA

Al ubicarnos en el contexto de la historia de la Universidad latinoamericana, advertimos que, reconociendo los logros de nuestras universidades, se impone una actitud crítica en aquellos aspectos en los cuales debemos estar vigilantes o debemos cambiar. Al mismo tiempo, no podemos asumir esta responsabilidad sin tomar en cuenta la trayectoria histórico-social de nuestro continente, y desde esta ubicación, asumir la responsabilidad que nos corresponde. Es desde este contexto –las necesidades de la Universidad y del contexto de nuestros países- que nuestra opción por el cambio adquiere su dimensión ética.

1. EL CARÁCTER ÉTICO EN EL CONTEXTO DE LA UNIVERSIDAD

Se debe destacar que las universidades todavía siguen siendo la instancia en la cual se preparan los recursos humanos que necesita nuestra sociedad, aunque las universidades hayan optado por un criterio de formación técnica con débil barniz humanista y con poca conciencia social. Al mismo tiempo, también se debe destacar que las universidades siguen estando al servicio del orden político vigente, generalmente determinado por los sectores dominantes de la sociedad. De ahí que nuestras universidades no se escapen del servilismo, de la acriticidad y del pragmatismo, condición que genera un cultivo mayor de la técnica. Por eso, decía Ignacio Martín-Baró, hace más o menos treinta años, en el contexto salvadoreño y con una situación de guerra, que la Universidad “necesita una cura radical. Necesita cambiar, cambiar mucho y cambiar pronto”.⁷ Estas palabras de Martín-Baró son visionarias cuando descubrimos a fines del siglo XX y principios del siglo XXI que estamos viviendo un cambio de época que nos obliga a cambiar.

Pensando en esta labor, Martín-Baró sostenía que se hacía necesario asumir una actitud crítica en el trabajo que realizamos en la Universidad. Hablando de su propia Universidad y de la condición de las universidades que conocía, Martín-Baró decía que se debía superar su desorden, su burocratización, su improvisación, su superficialidad y su interferencia de intereses individuales y programar en forma coherente. Cuando no hay una programación coherente cualquier profesor puede llegar a cualquier cátedra, cualquier cosa se puede aceptar como tesis de grado, cualquier plagio puede ser considerado como investigación, cualquier técnica como ciencia, cualquier verborrea como trabajo revolucionario, convirtiendo la Universidad en refugio de mediocres. Lo que sí era necesario era asumir opciones éticas o axiológicas de tal manera que nuestro trabajo produjera cultura, pero una “cultura autónoma”, de seres humanos libres.

Sin embargo, se hace necesario no caer en un moralismo. Por supuesto, se hace necesario resolver las contradicciones internas de la Universidad. Pero la coherencia buscada impone replantear nuevamente, como diría Ortega y Gasset, la misión de la Universidad. El problema de una actitud responsable es saber aquellas razones por las cuales se debe cambiar -pues no se trata del cambio por el cambio-, saber al servicio de qué o de quién se

7 Ignacio Martín-Baró. “Una Nueva Pedagogía para una Universidad Nueva”. En: *Revista E.CA.* (1972: 281-282, 130-145. Publicado en *Haciendo la Universidad.* Guatemala: FUPAC Ediciones, 1979. p. 19.

debe cambiar y la forma como se debe asumir ese cambio. El cambio de las universidades tiene que ser fundamentalmente humanista. La opción por el cambio es ética porque el ser humano tiene por naturaleza ser dinámico, ser cambio permanente; sin embargo, se debe advertir, que el cambio en el ser humano obedece a la consolidación de su propia humanidad. Se trata de un cambio que se mueve entre su propio ser y su propio deber ser, entre el ser y el ser más humano. Pero este cambio no es posible que sea humano si desemboca en un cambio individualista y egoísta, porque una de las características más importantes del ser humano es vivir en relación con los demás. Por eso, para que el cambio sea ético, la Universidad tiene que organizarse en función de su misión y en el contexto de las necesidades del pueblo en el cual trabaja.

2. EL CARÁCTER ÉTICO EN EL CONTEXTO DE LA SOCIEDAD

No se trataba de declararnos apolíticos ni revolucionarios ni de trabajar por una Universidad también apolítica o revolucionaria, sino de lo que se trata es de tomar conciencia del papel que la Universidad ha de jugar en respuesta a las necesidades del pueblo en el cual trabaja. Esta es su responsabilidad. ¿Cómo asumir esta responsabilidad?

Decía Martín-Baró que frente a las necesidades del pueblo se requiere de ciencia pero también de conciencia. El trabajo científico implica estudio, investigación y sacrificio; la conciencia implica romper con actitudes que impiden ver la complejidad de los problemas de nuestros pueblos, sus vínculos y sus consecuencias. Para lograrlo, se necesitaba, decía él, del “acompañamiento” de la Universidad con su propio pueblo. La falta de esta opción ética generaba una esquizofrenia que debía ser superada, la esquizofrenia de ser Universidad sostenida por el pueblo pero a la vez alejada de su realidad.

Un ejemplo de esa esquizofrenia lo da Rodrigo Escobar Navia cuando, refiriéndose a la ciencia, la tecnología y la producción económica latinoamericana afirma que los latinoamericanos hemos querido modernizar nuestra sociedad sin haber hecho, previa y simultáneamente, la revolución cultural necesaria para poder abrir nuestras viejas culturas, pre-científicas y pre-tecnológicas, a la razón científica y tecnológica de la modernidad.

Esto se debe a que, en la América Latina, están presentes varias tradiciones: la herencia de las culturas indígenas que todavía están vigentes en varios sectores de la América Latina. Además, la herencia de la Colonia. En este contexto se importa acríticamente la ciencia y la tecnología sin hacer las distinciones necesarias de aquello que pueda corresponder a nuestra cultura y aquello que la contradice. Sea porque esta forma de importar tecnología – por ejemplo- tenga sus razones en necesidades de sobrevivencia o en falta de criterio para importar, el resultado ha sido que se ha caído en la importación de lo más tangible de la revolución tecnológica sin ver sus principios y sus fuentes que la explican. Por esta razón, sigue diciendo Escobar Navia, confundimos modernidad con modernización, modernización con industrialización y urbanización, desarrollo con crecimiento, crecimiento con importación de equipos, cambio cultural con alfabetización formal, educación con instrucción, instrucción con adiestramiento, democracia con elecciones, superponiendo la civilización industrial sobre las viejas estructuras tradicionales.⁸

⁸ Cf. Rodrigo Escobar Navia. “*La ciencia, la tecnología y la transformación productiva con equidad en la región latinoamericana*”. En: *Educación, ciencia y tecnología, los nuevos desafíos para América Latina* de Julio Labastida Martín del Campo, Giovanna Valenti Nigrini y Lorenza Villa Lever, coordinadores. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993. pp. 57-68.

En el campo educativo seguimos este mismo patrón. Hemos dicho que, en el tiempo de la Colonia, en la América Latina se fundaron universidades a espaldas de las necesidades existentes en estos pueblos. Eso mismo pasó en el tiempo de la educación liberal, se cambió la forma sin cambiar la academia. En los tiempos del liberalismo económico, el mismo fenómeno pareciera que estuviera presente, a pesar de los beneficios que en muchos aspectos pudo traer la importación de tecnologías, a la América Latina le ha costado caro modernizar sin cambiar, haciendo más profundas las contradicciones de las cuales hemos venido hablando. Dice Escobar Navia que la modernización ha sido hecha a pedazos porque también a pedazos se ha importado, los beneficios han sido parciales porque parciales han sido nuestros cambios. Se hace necesario pues, asumir el cambio no sólo porque lo impone la globalización sino porque su punto de referencia debe ser las necesidades de nuestros propios pueblos.

La presencia de la era de la globalización plantea desafíos, algunos de ellos inesperados, que generan nuevas formas de ver el mundo y de ver al ser humano. Como llevamos dicho, una visión del mundo generará enfoques, modelos y paradigmas educativos determinados por visiones del mundo heterogéneas y por maneras diferentes de comprender al ser humano, que demandan una respuesta, una actitud responsable de los y las protagonistas universitarios(as).

Por ejemplo, la visión mecánica del mundo de la modernidad y una visión del ser humano en ese contexto generará también una educación también mecánica, despersonalizada, indiferente a las dimensiones psicológicas de los protagonistas del proceso educativo. Si el mundo es una máquina, el ser humano también lo será. Si el escenario educativo se inspira en una visión mecánica del mundo y del ser humano, la administración funcionará de la misma manera y los valores que orientará será la misma: la producción, la eficiencia, el control, la cantidad, la predicción y los resultados.

De la misma manera será la educación que corresponda a una visión mercantil del mundo, la educación que busca formar proveedores, intermediarios, vendedores, consumidores, competidores, clientes e inversionistas, también hablará de “capital-humano” y “capital-intelectual”. Si hay competencia en vez de solidaridad, lucro en vez de lo humano, sobrevivencia en vez de vida plena y egoísmo en vez de hermandad, se tendrá también una sociedad metalizada que hará cualquier cosa para lucrar y ser eficaz.

Lo mismo sucederá con una visión abierta del mundo, porque generará un ser humano libre, con alto grado de independencia, participación y democracia. Entonces las escuelas serán espacios de práctica democrática y “círculos de cultura” al estilo de Freire porque la misión educativa se propondrá a crear cultura autónoma, como lo subraya Martín-Baró. La educación será un espacio de pensamiento, de creación, de cultivo integral, de creatividad y propuestas alternativas.

Al ubicarnos en la historia de la Universidad latinoamericana y su contexto histórico-social, al mismo tiempo que nos ubicamos en la era de la globalización –era informacional o era digital-, se hace necesario una opción ética, la opción responsable, basteón humanista que evitará guerras, sociedades dependientes y pueblos sumisos, opción de pueblos donde haya espacio para ser humanos y humanas.